



I

UNA de las escuelas más hermosas de los suburbios de Turín, todas ellas nuevas y de agradable aspecto, es, sin disputa, la del pueblecillo anejo de San Antonio, situado á una milla fuera de puertas y habitado en gran parte por labradores y operarios de dos grandes fábricas, una de herramientas y otra de ácido sulfúrico, que lo ensordecen con los ruidos y lo cubren de humo. El pueblo está formado por una sola calle recta, flanqueada de casitas y huertecillos; de ella arranca un ancho camino que corre á través de la dilatada campiña, y allá, en el fondo, al término de la carretera se halla la solitaria iglesia, y á uno de los lados, en el confín de un campo, la escuela. El edificio, cómodo y gracioso



so, tiene cinco habitaciones espaciosas en el piso bajo para las cinco clases elementales, y otras dos pequeñas para el peatón y su mujer que hacen de bedeles; y en el piso de arriba los cuartitos para las cuatro maestras con dos habitaciones y una cocina cada uno.

Pertenecen también á ellos cinco huertos minúsculos, encerrados dentro del muro que rodea el patio, cultivados por el bedel, quien se aprovecha de las legumbres y entrega á los del primer piso las fresas y las flores.

Esta pequeña familia escolar, visitada muy rara vez por el Inspector de Turín, vive allí tranquila y libre como en una quinta, aunque hacía cuatro meses que las delicias de la vida del campo habiáanseles disminuido por el frío y la niebla.



## II

Precisamente en un día de cielo plomizo y frío de fines de Noviembre, la joven maestra Varetta miraba desde la ventana de su cuarto con mayor tristeza que de costumbre los bajos tejados del pueblo, por cima de los cuales humeaban las chimeneas altísimas de las fábricas y la vasta llanura cubierta de nieve y cerrada á lo lejos por los blancos Alpes velados por la niebla. El aburrimiento de la estación y del hogar, habiásele acrecentado con el molesto pensamiento de tener que comenzar al día siguiente la escuela nocturna de adultos, para la cual la había destinado la Dirección de las Escuelas de Turín, después de mes y medio de haber desempeñado la clase la mujer del maestro Gallo y á la cual la misma Dirección había otorgado licencia por repentina debilidad de la vista.

No le hubiera inquietado nada el tener



que dar estas mismas lecciones en otro pueblo cualquiera. Preocupábanle mucho aquellos lugareños de las afueras, maleados por el contacto con la ciudad, á donde iban á pasar los domingos, y de donde todos los días de fiesta afluía una muchedumbre de chulos á jugar y á comer y beber en las tabernas, cuyo número había triplicado desde el establecimiento del tranvía; le intimidaban más aún los trabajadores, menos respetuosos que los labriegos y también menos manejables, y entre los cuales se decía que había algunos socialistas; y todavía más que los hombres ya hechos, los mozalbetes de diez á diez y seis años que veía salir en grupos de las fábricas, pendencieros, deslenguados, insolentes y más cínicamente viciosos y corrompidos que los grandes.

Su inquietud, por otra parte, se derivaba asimismo de una particular condición de su naturaleza y de su vida. Hija de un jefe de infantería, de familia noble, muerto en la batalla de Custoza, educada hasta los diez y ocho años en un severo colegio de provincia, naturalmente tímida y distinguida, desde niña había sentido un terror profundo por la plebe, efecto de la grave enfermedad producida por la violenta conmoción de es-

panto que le causó el haber presenciado una sangrienta riña entre trabajadores de las minas.

Creía ella, que era más numerosa y más perversa de lo que realmente es, esa ínfima porción del pueblo que vive en rebelión perpetua contra todas las leyes sociales y que da el mayor contingente á las cárceles y galeras. En su imaginación esta minoría era casi la plebe entera; y la idea de aquel vasto subterráneo tenebroso, que ella se figuraba abierto á sus pies, en el cual corrían regueros de vino y de sangre, y relampagueaban los cuchillos, y sonaban gritos de asesinados y blasfemias horrendas y cantos obscenos de malhechores y mujerzuelas, atosigábale casi de continuo como una horrible visión de que no pudiera librarse. Si alguno, que á ella le pareciese de aquella gente, pasaba á su lado, helábasele la sangre en las venas; una frase de su jerga que al acaso llegara hasta su oído le ponía la piel de gallina; y al encontrarse en la calle con los preludios de una riña, palidecía como una muerta, abandonábanle las fuerzas, entraba en su casa convulsa, hondamente desengañada de la humanidad y de la vida.

Mas sentía hacia aquellas gentes una viva



é inquieta curiosidad que le obligaba á mirarlá á escondidas cuando podía, á meditar en las frases que les cogía al vuelo, como manifestaciones parciales de su alma, y á recabar todas las particularidades que de su vida y de la índole suya hallaba en las crónicas de los periódicos donde se referían sus hazañas.

Trataba de vencer por todos los medios este mismo terror, porque siendo, como era, buena y religiosa, comprendía que su miedo provenía de ideas insuficientes y sentimiento poco profundo de las injusticias sociales, de la miseria, de la ignorancia, del mal ejemplo: causas primordiales del embrutecimiento y del delito. Cuando se encerraba en sus meditaciones, lo comprendía todo y lo sentía con viveza, su espíritu se inundaba de piedad por los que le infundían terror, los amaba con amor cristiano, soñaba en una obra redentora, en una legión de señoras misioneras de bondad y de nobleza entre la plebe, veíase á sí misma dedicada á esta obra, entraba con el pensamiento en los lugares más abyectos para intentar abrir y ablandar los corazones, y pareciéndole que lo había logrado, excitábase su imaginación hasta hacerla verter lágrimas de ternura; haciéndose la ilusión de haber alcanzado

como por encanto el valor, y formaba el propósito de ponerse á prueba en la primera ocasión favorable.

Pero, si por casualidad una hora después, le ocurría tener que pasar por delante de una de las fábricas del pueblo en el momento que sus puertas daban paso á la ola negra y tumultuosa de los trabajadores, sobrecojiale con la misma fuerza el acostumbrado sentimiento de aversión, y todo esfuerzo por resistirlo era vano. Cuando en la noche del domingo, estando á la ventana, veía en el fondo del camino el farol rojo y la puerta iluminada en la taberna de *La Gallina*, al oír las primeras voces descompuestas y amenazadoras que anunciaban una riña inminente, ante la imagen execrable, que súbitamente se le aparecía, de navajas blandidas por los aires y de un cadáver tendido por el suelo, dominaba todo su ser una debilidad mortal, una sensación inexplicable de impotencia, una parálisis repentina del cuerpo y del alma que apenas si le dejaba fuerzas para cerrar los cristales.

Y no pudiendo la pobrecilla hacer otra cosa, procuraba fortificar el ánimo familiarizando su trato con los alumnos pequeños de la clase segunda, pensando que muchos de



ellos siendo grandes, llegarían á ser como aquellos hombres que tanto terror le infundían, bebedores, pendencieros, prontos para sacar la navaja, feroces. Y con tal pensamiento los observaba con curiosidad, les preguntaba, ingeniábase por descubrir en ellos los gérmenes de las pasiones violentas y brutales que habían de agitarles más tarde.

Sus estudios, sin embargo, servíanle de bien poco.

Los más de ellos eran apáticos hasta tal punto que ni se espantaban las moscas de la nariz ni de los ojos cuando leían, y en cuanto á penetrar en su corazón, la cosa era tan difícil que en un año ó más, que hacía estaba ella en San Antonio, no había conseguido todavía hacer llorar á uno solo.

La clase social, pues, que turbaba su alma, permanecía eternamente ante su imaginación tan misteriosa y terrible como antes.



## III

Absorta por completo en aquel pensamiento, seguía con la mirada, á lo lejos, un tren que surcaba la blanca llanura, cuando una visita, inesperada á aquella hora, la distrajo de sus meditaciones. Era la maestra Mazzara que acababa de llegar de Turin en el tranvía; solía venir una vez al mes á ver á su amiga de extramuros, como ella la llamaba, casi siempre el jueves después de comer.

Tenia diez años más que ella, era alta, seca, un manojo de nervios, con una encarnadura de egipcia tostada por el sol, dos hermosos ojos grises peregrinos y nariz encorvada, bajo la cual abriase una fuente de palabras inagotable, que á veces parecía que se agolpaban con tal furia que impedían la salida.

Después de dar un beso á su amiga, le contó todo lo que en el día había hecho: se



había levantado á las siete, había ido en busca de una amiga suya francesa, maestra en el *Sacre Cœur*; á informarse de otra, enferma, maestra del Instituto Faconti; á recomendar un muchacho al Padre Bosco, al Oratorio de la calle de Cottolengo; había llevado también un artículo de una amiga á la Dirección de *La Unión de los maestros*, y hecho una escapada á la Sociedad del canto coral, para un asunto propio, de la cual formaba parte.

—Después de esto—dijo por fin,—he querido venir á ver á mi Enriqueta.

Pero al acercarse para volverla á besar, echó de ver su tristeza, y cambiando repentinamente de cara, de voz y de actitud:

—¿Qué hay?—le preguntó.—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Hízola sentar la Varetti delante de ella, en el hueco de la ventana, le refirió el asunto de la escuela nocturna y todos sus temores.

—¿Y no hay más?—preguntó con viveza la amiga, sonriendo.—¡Oh, pobre criatura! ¡Deberías estar contentísima! Dejémonos de niñerías; son ochenta pesetas más al mes... Pero tú crees en los fantasmas. Tengo la seguridad de que, al contrario, te encontrarás perfectamente. La gente del pueblo es bue-

na, es preciso prescindir de la corteza; descubrirás en ellos cualidades de que no tienes idea. Ya lo verás. Sabes tú, que yo soy medio socialista.

Y en efecto, también era socialista; por ser un poco de cada cosa. Con las familias religiosas, era religiosa; democrática, con las familias del pueblo; aristocrática, con la aristocracia; fautora de la "emancipación," de la mujer, con las amigas "emancipadas," y afectuosamente condescendiente con todos; tenía relaciones con medio Turín, frecuentaba cien casas donde daba lecciones y aceptaba convites; conocía curas, diputados, periodistas, gente necesitada á quien recomendaba por todas partes; contaba con amigas en todas las Instituciones aristocráticas; era la confidente de cinco ó seis directoras; escribía cartas de admiración, para obtener autógrafos, á hombres y mujeres ilustres; no faltaba á la comitiva fúnebre de los muertos distinguidos, metiéndose por entre toda la gente por darse aires de amiga de la casa; presentaba unos á otros á sus conocidos del mundo escolar y literario; á todos prestaba servicios, todo lo sabía y de todo entendía.

No escribía, únicamente, porque le faltaba tiempo; ni hablaba nunca de literatura por-



que le interesaba poco; había nacido para la acción y no tenía ninguna vanidad literaria; su ambición suprema era llegar á ser directora de una escuela municipal.

Sus palabras no llevaron ninguna tranquilidad al ánimo de la maestra Varetti. Tenía bien presente que á una compañera suya de San Andrés, los alumnos llegaron hasta á dibujar figuras obscenas en la pizarra, y á promover tales escándalos que se vió obligada á exigir á su padre que asistiera á las lecciones. Sabía también que otra había encontrado debajo del tintero una carta llena de groserías, y que estuvo á punto de enfermar por el susto que le dió un topo vivo que habían metido en el cajón de la mesa. Por último, á otra maestra de un pueblo, que hubo de denunciar á la autoridad á dos alumnos ya hombres, porque perturbaban la clase, éstos, apostándose de noche en la calle por donde tenía que pasar, la maltrataron arrojándola á un foso.

La señorita Mazzara se encogió de hombros. Eran invenciones, exageraciones: las maestras fraguaban una tragedia con cualquier tontería.

—Créeme, amiga mía—le dijo,—el pueblo, los trabajadores especialmente, son gen-

te de buena pasta, se hace de ellos lo que se quiere, hay que saberlos manejar, y el que habla mal de ellos, no los conoce. Hablo de los hombres, bien entendido. En cuanto á las mujeres... ya es otra cosa.

Todavía para fortificar el espíritu de su amiga con el propio ejemplo, se puso á referirle las fatigas que pasaba para dar la clase dominical en la sección Norberto Rosa.

—Figúrate cincuenta alumnas de todas edades, desde diez hasta cuarenta años, modistas, criadas, operarias, tenderas, hortelanas, dependientes de tienda, muchachas llenas de malicia... y aun, de cosa peor. Entran en la escuela con un estrépito endiablado, se disputan á puñetazo limpio los sitios que están cerca de las ventanas para poder ver á sus novios en la calle. Y luego, ¡qué amor propio! Las mujeres de edad no quieren que corrija la composición en voz alta; las jóvenes se rien cuando explico moral; una, no quiere aprender más que cuentas para su posada; otra le basta con saber escribir cartas para ejercitarse en la correspondencia amorosa; una quiere salir antes de la hora porque la cocina le está esperando, y otra se duerme porque tuvo que pasar la noche co-siendo ó Dios sabe cómo. Créeme, Enrique-



ta, es mucho mejor tener que habérselas con hombres.

Mientras hablaba de este modo, su amiga notó que llevaba puesto un vestido de finísima lana gris, que nunca le había visto, y que quizá era algo llamativo para ella.

—¿Cuánto te ha costado el vestido? — le preguntó.

Un poco encendida, le contestó como de pasada:

—Trapos viejos.

No obstante la distracción de la Mazzara, á la Varetta le cruzó por la mente una sospecha desagradable: que también aquel vestido, como aconteció con otro en el verano anterior, era vestido desechado por una hermosa muchacha que había hecho fortuna sin casarse, y que daba lecciones de ortografía con la Mazzara, para "ponerse á la altura del mundo".

La maestra reanudó su conversación.

—Hay que verlas salir de la escuela. Suena la campanilla y todas echan á correr con tal fuerza, que á veces caen unas sobre otras, y es un milagro que no ocurran desgracias. En la calle se tiran pelotas de nieve, y corren unas tras otras. Es un verdadero escándalo; ¿si vieras? Y no es esto lo peor. A la puerta

siempre hay un pelotón de hombres esperándolas. Si las oyes á ellas, todos son hermanos y primos. Se ve entre ellos también algún sargento. Se cogen del brazo sin más cumplimientos, en las narices de la misma directora. Hay una entre otras, una criadilla, una sierpe, que acabaré por arrojarla de la escuela, por lo que nos desespera. También tiene ella su primito como las demás. ¡Si vieras que estampa tan hermosa! Es uno que viene de más allá de Turín á esperarla, un alma perdida, uno de esos *chulos*, ya sabes, que nada tienen y que dejan seco á un hombre por una palabra. Y lo bueno es que mientras le hace el amor, esta celoso aun de las demás. Las quisiera todas para sí. Ha habido contienda ya con medio mundo. Todos le temen, estuvo un año en presidio por una puñalada. No puedes figurarte qué cara, sus ojos dan escalofrío. Y la desvergonzada se vanagloria, ¿entiendes? quiere imponerse á sus compañeras como si fuera una reina y amenaza con que lo van á pasar mal sus hermanos y sus novios. El domingo pasado soltó un sopapo á uno, hubo un escándalo y acudieron los guardias. Un día ú otro se matarán. También va otro que es un guapo mozo. El año pasado iba á la *Arena turinesa*.



á luchar, y dicen que derribaba á todos. No es muy alto, fuerte y esbelto, con hermosos cabellos negros y un mechón caído sobre la frente: una buena figura. Cuando se planta en la esquina, durante la lección, hay una docena de alumnas, las más inmediatas á las ventanas, que no hay manera de contenerlas. No lo comprendo... á mí me daría mucho miedo.

La risa con que acompañó estas últimas palabras no hizo buena impresión á la Varetta; porque á su juicio encubría un sentimiento en desacuerdo con las palabras, y bien se le alcanzaba la razón. Hija de un miserable tonelero, creció al lado de tres hermanos díscolos, unidos á gente de la peor ralea de Turín, que habían estado varias veces en la cárcel por desórdenes y riñas, y supo elevarse por cima de la propia familia á fuerza de estudio y gracias á su natural bondad de alma y á ciertos apoyos aristocráticos; pero, á pesar de todo, quedábale una especie de simpatía de raza hacia aquella gente, que, temiendo manifestarse abiertamente se dejaba adivinar en una benévola indulgencia, rayana á veces en vulgar admiración que ofendía la delicadeza de su amiga.

Esta se olvidó en aquel instante de la buena amistad que se tenían hacia tres años, de un servicio de importancia que la Mazzara le había prestado en ocasión bien dolorosa, y se levantó llena de impaciencia. Su amiga le preguntó si iba á salir. Contestó ella que sí, que iba, como todos los días á la "bendición." Al oír esta palabra cambió la Mazzara de improviso de semblante y de acento, y le dijo con dulzura de devota:

—Haces bien, querida mía. También yo siento necesidad de ir á la Iglesia todos los días, y dedicar un pensamiento á Dios. Después me encuentro mejor.

Por otra parte, ella tenía que volverse á Turín. Aun debía visitar á una amiga, pariente de una maestra que había sido institutriz en casa del príncipe de Carignano, y dejar un recado al párroco de la Consolación: una enormidad de cosas.

—Ten, pues, serenidad y espíritu para dar esa clase nocturna,—le dijo, cogiéndole la barbilla entre sus dedos. Estoy persuadida de que encontrarás gente buena, gente de corazón, tosca, sí, pero franca, y también respetuosa. Basta con tratarlos sin aire severo, sencillamente, á su modo. Ya lo verás. Antes de un mes te adorarán.



La Varetto movió la cabeza, diciendo:

—Tengo malos presentimientos.

—¡Ilusiones!—repuso su amiga.—El pueblo es como el diablo, mucho, pero mucho menos feo de lo que lo pintan.

Le sugirió luego una idea: que en las primeras noches hiciese asistir al bedel.

La Varetto se sonreía. Era el bedel un pobre viejecillo que se hacía el valiente, pero que estaba siempre lleno de miedo, tanto que cuando se oían gritos de algún altercado en la calle, no había manera de dar con él, parecía que se disipaba á través de las paredes como un espectro.

—En suma —dijo por fin la Mazzara,— todo marchará lo mejor posible, te lo aseguro yo. Pronto volveré á verte y ya me dirás si estás contenta.

Salieron juntas acompañándola la Varetto hasta el camino, sin que mientras vagaban dejase de hablar por los codos su amiga, dándole noticias de otras diez compañeras, lo menos.

Ya en la puerta del patio se encontraron con un jovencillo con el sombrero remendado y la pipa en la boca, quien, mirando fijamente á las dos, se apartó para dejarlas pasar, y luego entró en la escuela, volviéndose

se á mirar á la Varetto. La Mazzara le hizo señas mostrando gran sorpresa, y exclamó:

—¡Es él!

—¿Quién, él?—preguntó su amiga algo turbada.

—El de quien te hablé poco hace, que viene todos los domingos á esperar á su prima. No sabía que viviera en San Antonio. Tú debes conocerlo.

Balbuzeando contestó la Varetto, que sí, que lo conocía de vista.

—Será alumno de la escuela nocturna,—dijo la otra.

La Varetto, sin embargo, sabía ciertamente que no lo era.

—Entonces,—dijo su amiga,— es seguro que ha venido á inscribirse. Si no, ¿á qué habia de venir á la escuela?

La Varetto palideció. Su amiga no lo advirtió, y añadió alegremente:

—¡Estarás tú destinada á convertirle! Ea, no te detengo más, no cojas frío. Adiós, Enriqueta.

Y dándole un beso, echó á correr por la nieve.

